



Stieglitz in my mind 2 (fragmento). Fotografía de Luis Amézquita

Cuento: Azul celeste

Manuel Dorado

Narrador español e ingeniero aeronáutico

Lo primero que pensé cuando conocí a David fue que me sobraba el niño. Yo no era un monstruo. No lo soy ahora. Pero conoces a una mujer a los cuarenta y tantos y empiezas una relación tardía —poco tiempo ya para todo—, y descubres la primera tarde, al ir a buscarla a su casa ajardinada y soleada de las afueras, que tiene... “¿No te lo había dicho? Es David, mi hijo”.

David miraba siempre hacia abajo cuando aparecía yo. Se sentaba en un rincón de su cuarto con las comisuras de los labios apuntando hacia el suelo y las cejas muy, muy comprimidas que formaban un ángulo agudo debajo del flequillo; un ángulo que también apuntaba hacia el suelo. O más abajo: al infierno, supongo que querría mandarme. “Sé educado —le decía Elena—, y mamá te traerá un regalo cuando volvamos de cenar”. Pero él no se movía de su rincón ni dejaba de mirar al infierno. Demasiados regalos.

Ahora, contemplo a Elena, sentada en el sofá. Tiene la mirada fija y ceñuda, como la de su hijo, pero no mira al suelo. Mira más allá de la ventana, creo, a los árboles brillantes de la calle; o más acá, a las fotos de David que hay sobre la repisa; o quizás su mirada esté detenida en el mismísimo cristal. Contempla concienzudamente el cristal. Imposible determinarlo. Tiene, eso sí está claro, los ojos secos, como si algún dios de esos todopoderosos le hubiera retirado las aguas. Mirada roja y seca. Desierto. Y más allá de la mirada de ojos drenados la veo a ella, la recuerdo. Entra por primera vez después de mucho tiempo en el cuarto de David, en el piso de arriba; mira fijamente el rincón del muchacho; yo también lo miro y rememoro los labios apuntando al subsuelo y el entrecejo apuntando al



infierno. Habitación de paredes azules. Azul celeste que inunda las pupilas. Un sol que hace daño a los párpados y al fondo del cerebro entra en el cuarto de David. Dinosaurios y camiones y gladiadores alienígenas del tamaño de un pulgar. Elena lo mira todo con los ojos muy abiertos, como si viese magia bajo aquella luz exagerada, o como si todo aquello no debiera estar allí. Un balón de plástico brillante, la colcha de animales de la granja. Y ella aspira, cerrando los ojos y abriendo mucho la nariz, el olor del hijo. Olor a niño sucio por todas partes. Y coge sus cosas, su ropa, sus alienígenas, su ropa, sus dibujos, su ropa... y lo abraza todo y lo huele todo y niega con la cabeza y se tumba en el suelo encogida y tiritita con todas las cosas del niño apretadas contra su vientre y los ojos cerrados, secos, vacíos. "Vete", articulan apenas sus labios. Al final de las escaleras, tropiezo.

Había dos monopatines apoyados en el primer peldaño y me hicieron caer. No los había visto hasta aquel día, creo. No uno, sino dos. "Los niños de hoy tienen demasiados juguetes", recuerdo que dije en alguna ocasión a Elena. Cejas hundidas bajo el flequillo plano del niño consentido. ¡Qué estupidez!, yo también me iré al otro barrio con un par de patinetes. Sobra todo. Sobran los niños, pero eso no me atrevo a pensarlo seriamente. ¡Qué barbaridad! Son los nervios, el cansancio. Todo hubiese sido ideal sin David. Yo quería a la madre. Elena. Ahora, como todos estos meses, debo apoyarla.

—¿Te preparo un café? —digo. Pienso en cogerle la mano, tocarle el hombro, quizás.

Pero Elena se gira hacia mí, me mira con sus ojos secos y no responde. Tampoco mueve la cabeza. Ni sí ni no, no dice nada, sólo me mira desde abajo, apoltronada en su sofá. Me mira y aparta la vista después, hacia el cristal. Aparta la mirada como hacía David al verme. Se parece él. Yo huyo de los ojos que huyen de mí y me topo con el sol de este barrio, que hace daño a los párpados, ahí fuera. Dos estúpidos monopatines, recuerdo. Siguen junto a la escalera desde el día en que tropecé con ellos. Y un cielo de un azul celeste infantil.

—Entonces iré a la cafetería de la esquina —murmuro, mientras me alejo hacia la puerta—. Necesito salir, un café... Salir.

La última palabra resuena junto al chasquido del resbalón de la cerradura que me deja fuera. No sé por qué, pero permanezco

unos segundos en el hueco de la entrada. Toco la madera de la puerta con la palma de la mano. Está fría y suave. Después me alejo, caminando hacia atrás, como despidiéndome de la casa; tampoco sé por qué.

—¡Vete! —Oigo gritar de pronto a Elena, cuando estoy cruzando ya la calle—. ¡Vete, vete, vete, vete!

Un niño pasa a toda velocidad, montado en un monopatín, mientras yo me giro hacia los gritos, hacia la acera, hacia la casa, dudo, doy un traspié.

—¡Cuidado chaval!

Estoy a punto de volver a la casa. Pero, finalmente, camino aprisa tras la estela del monopatín. Mucho sol, una primavera que hace estallar las paredes azules en las habitaciones de los niños de cada casa. Cejas y labios apuntando al infierno creo que me observan desde todas las ventanas. Niños que huelen a niño sucio. A mí antes Elena me gustaba, recuerdo cuando llego a la altura de mi coche. Subo, en lugar de ir a la cafetería de la esquina. Pero le sobraba el niño. ¡No, eso no! “Sí, le sobraba, y ahora más”, creo que murmura una voz mientras arranco el motor.

Manuel Dorado

Correo electrónico: Manolo.dorado.us@gmail.com

Español. Radica en Madrid, España, donde ejerce como ingeniero aeronáutico. Escribe relato y novela y ha obtenido premios de relato, el internacional Patricia Sánchez Cuevas, en Madrid. Fue finalista del certamen García Lorca de Parla y mención honorífica en el premio Julio Cortázar de Montevideo. Ha publicado en antologías y en revistas, como la antología de relatos *Segunda parábola de los talentos* y la de relato erótico *La carne despierta*, entre otros.



Niples. Fotografía de Luis Amézquita